

ella y sujetarlo, quedaron sus brazos sin movimiento, no pudiendo librarse de este lazo invisible hasta que reconoció su falta y rogó el Santo por él.

San Teótimo estaba íntimamente unido á san Juan Crisóstomo, y tomó con grande celo su defensa en un sínodo que contra este santo Doctor se celebró en Constantinopla. No se sabe en que tiempo murió, ni la edad que tenía. Su memoria se halla consignada con grande honor en el Martirologio romano el dia 20 de abril.

Un gran Señor, llamado Promoto, que fué cónsul en 389, fundó en la Tracia y á la parte del Asia un monasterio que fué habitado por los godos, á lo ménos, estos componían la mayor parte de la comunidad. Este lugar no se hallaba muy distante de Constantinopla, y los monjes de que hablamos eran tan adictos á san Juan Crisóstomo como san Teótimo: así es que, cuando fué desterrado por las intrigas de sus enemigos, fueron envueltos en la persecución que sufrieron todos sus amigos. El santo Doctor se lamentaba de que entre los muchas violencias cometidas por sus adversarios no era la más pequeña el haber hecho sufrir hambre y persecución á muchos monjes y vírgenes, y dice particularmente de los monjes godos de Promoto, que tuvieron que sufrir muchas vejaciones. Les escribió para animarlos y exhortarlos á que continuasen sufriendo la persecución con tanto ánimo y paciencia como habían empezado.

SAN SILVANO, OBISPO DE TROADE, SAN ISAAC
Y SAN DALMACIO

El nombre de san Silvano se encuentra en el Martirologio romano en el dia 2 de Diciembre, y su historia fué escrita por Sócrates. Hé aquí un resúmen de lo que dice. Silvano estudió la retórica bajo el sofista Troilo, gran orador y hombre de estado; pero, aspirando á la perfección evangélica, no quiso tomar el manto que llevaban los oradores, y abrazó la vida monástica. Attico, patriarca de Constantinopla, le ordenó obispo de Filippópolis, metrópoli de la Tracia propiamente dicha. Allí permaneció tres años, y no pudiendo soportar el frio del pais á causa de la delicadeza de su temperamento, rogó á Attico que pusiese otro obispo en su lugar, lo que le fué concedido.

Volvió, pues, á Constantinopla, y emprendió nuevamente los ejercicios de la vida monástica. Muy grande era su alejamiento del fasto y de los placeres, pues con frecuencia se le veía en los sitios más céntricos de la gran ciudad con sandalias de esparto. Habiendo vacado la silla de Troade, se presentaron sus habitantes á Attico pidiéndole un nuevo obispo, y como este patriarca pensase en quién había de poner sus ojos, le sacó Silvano del embarazo, viniendo en aquel momento á visitarle. Tan luego como le vió, no pensó en ninguno otro, y le dirigió estas palabras: « Ya no teneis excusa para encargaros del gobierno de otra iglesia: en Troade no hace frio, y Dios os presenta un lugar apropiado para vuestra salud. Id, pues, hermano mio, sin ninguna tardanza. » Aceptó Silvano, en efecto, y un

milagro que vamos á referir demostró que Dios estaba con él. En el puerto de Troade se había costruido una gran embarcación para conducir unas columnas ; pero cuando se procedió á lanzarla al agua, no se pudo conseguir por más esfuerzos que se hicieron, y entónces se acudió al Santo para que interpusiese sus oraciones. En un principio se excusó por humildad, protestando que era un gran pecador, y que era preciso ser santo para alcanzar de Dios gracias extraordinarias. Por último, obligado por las instancias que se le hicieron, se trasladó al lugar, tomó un cable, y ordenó á algunos que le ayudasen á tirar de él. Apenas puso sus manos, el buque se deslizó suavemente hacia las aguas. Este prodigio, unido á la santidad de su vida, le hizo célebre en toda la provincia, é inspiró un grande amor á la piedad.

Habiendo observado Silvano que sus eclesiásticos percibían algunos emolumentos de los procesos que juzgaban, no nombró en adelante á ninguno de ellos para que ejerciese el cargo de juez, sino que tomaba los documentos que le entregaban las partes litigantes, y los ponía en manos de un seglar, cuya probidad conocía, encargándole el fallo de los negocios. Por este ejemplo se vé, dice Tilemont, que entónces los obispos no sólamente juzgaban de los negocios particulares, sino que nombraban jueces que entendieran en ellos.

Es preciso no confundir á este san Silvano con otro obispo del mismo nombre, de que habla Paladio, y el cual fué perseguido por ser adicto á san Juan Crisóstomo, y reducido á vivir en Troade y á sustentarse de lo que ganaba pescando.

San Isaac es célebre en la historia eclesiástica por una brillante acción que practicó en defensa de la fé católica en tiempo de los arianos, y por la prisión á que fué condenado por este motivo, lo que le mereció entre los griegos el título

de Confesor. Expondremos lo quo acerca de él dicen Teodoro y Sozomeno con preferencia á las dos Vidas, que editaron los continuadores de Bolando.

Los godos que Valente, emperador ariano, había admitido en la Tracia, y que sus generales procuraban contener al lado allá del Danubio, para dominarlos mejor y que no traspasasen este rio, los godos, digo, se quejaban de algunas injusticias que con ellos hacían los Romanos, y declarándoles la guerra, los vencieron en varios encuentros, llegando hasta las mismas puertas de Constantinopla. Era esto un efecto visible de la cólera de Dios contra Valente, que perseguía á la Iglesia. Así es que el conde Trajano, buén católico, y á quien había destituido de la comandancia de la infantería, le reprochó diciéndole : « Señor, no es por mi causa el haber sido vencido : sois vos mismo el que habeis entregado la victoria á los bárbaros, y les habeis procurado el auxilio de Dios, á quien haceis la guerra. Por esta razón se ha puesto de parte de nuestros enemigos, y la victoria, que siempre le sigue, ha sido para aquellos á quienes ha auxiliado. »

Hallándose los negocios en un estado tan lamentable, quiso Valente marchar en persona contra los bárbaros. San Isaac vivía entónces en las inmediaciones de Constantinopla, haciendo vida de solitario. Su historiador, citado por los Bolandistas, dice, que desde su juventud, había abrazado esta profesión en el Oriente, y que por una inspiración divina se había trasladado á la ciudad imperial. En ocasión en que este príncipe salía de la ciudad, se presentó á el, y le dijo : « ¿ A donde vais, Señor, que, por lo mismo que haceis la guerra á Dios, estais privado de sus auxilios? Él es el que ha sublevado á los bárbaros contra vos, porque habeis armado contra él las lenguas de muchos blasfemos, y habeis arrojado de sus casas á los que cantan sus alabanzas. Cesad, pues, de hacerle la guerra, y él cesará de hacerla á vos :

devolved los pastores á sus rebaños, y alcanzareis la victoria sin trabajo alguno. Pero si dais la batalla sin haberlo hecho, *coceareis contra* el aguijón, perdereis vuestro ejército, y vos mismo perecereis. — A mi regreso, contestó Valente lleno de cólera, te haré morir, como mereces, para que no hagas más falsas predicciones. — Si, replicó el Santo con intrepidez, hacedme morir, si no es verdad lo que os digo. »

El emperador ordenó que se le encarcelase [hasta su regreso; pero la predicción no tardó en realizarse. Se sabe que Valente perdió la batalla, y que fué quemado en una cabaña, en que se había ocultado huyendo de los bárbaros, que perseguían su ejército. Teofano, Zonaro y Cedreno dicen que Isaac supo en su prisión la muerte trágica de este príncipe en el mismo momento en que acaeció.

Se dice en las *Vidas de los Bolandistas* que habiendo alcanzado este Santo su libertad á consecuencia de la muerte de Valente, Teodosio el grande, que empuñó el centro del imperio, y que se informó de su predicción, le dió grandes pruebas de afecto y consideración: que Isaac quiso volver á su primera soledad de Oriente, pero que se le edificó una celda cerca de la ciudad, en que muchos, atraídos por sus instrucciones y prodigios, se hicieron sus discípulos, de suerte que edificó un monasterio, que no tardó en ser el principal de todos los de Constantinopla.

Viendo Isaac su próximo fin, congregó á todos sus discípulos, á los cuales, despues de dar saludables consejos, les designó como sucesor á san Dalmacio. Despues de su muerte se le enterró en la iglesia de san Estéban, edificada cerca de su monasterio por Aureliano, uno de los principales personajes de la corte de Teodosio, y desde esta iglesia fué trasladado á la de todos los Santos en tiempo del emperador León el Sabio.

Su monasterio tomó despues el nombre de Dalmacio, ó

por corrupción, de los Dálmatas, de donde proviene que el Santo es llamado en la historia abad de los Dálmatas. De ésto se deduce que san Dalmacio le sucedió muy dignamente, y que fué más célebre que él, sobre todo por lo que hizo contra Nestorio y en el concilio general de Efeso congregado contra este heresiarca.

Era san Dalmacio de una familia muy distinguida de Oriente. En su juventud siguió la profesión de las armas, y sirvió en cualidad de oficial bajo el gran Teodosio, en la segunda compañía de los guardias de palacio. El contagio del mundo en este empleo no corrompió su corazón; sino que se sostuvo en la piedad que le había sido inspirada desde la infancia, y vivió en su estado de una manera muy edificante. Estaba casado desde el tiempo del emperador Valente, y en su familia, que era muy numerosa, reinó la piedad. Habiendo san Isaac venido desde el Oriente á Constantinopla, trabó amistad con él, y en una ocasión estuvo siete dias en su monasterio para aprovecharse mejor de sus instrucciones. El Santo le hizo conocer, despues de esta especie de retiro, que Dios le quería á su lado, á lo cual no opuso dificultad Dalmacio, ni otra dilacion, sino la necesaria para disponer á su esposa, y para ordenar los asuntos domésticos. Como su casa era una mansión de virtudes, no le costó trabajo obtener de su esposa el sacrificio que Dios exigía, y la misma sumisión encontró de parte de sus hijos.

Vino, pues, al lado de san Isaac, llevádo consigo á uno de sus hijos llamado Fausto, que quiso imitarle en su retiro. Muy pronto se hizo el primer discípulo de su padre espiritual, tanto por el ardor con que abrazó la penitencia y por su caridad para con los pobres, como por su amor al retiro y por los progresos que hizo en la perfección. Sus ayunos eran rigurosos y frecuentes, y se asegura que pasó una cuaresma sin tomar alimento alguno. Su vida, relatada por los Bolandistas, añade que estuvo

hasta el día de la Ascensión en una especie de éxtasis, durante el cual fué trasportado en espíritu á la iglesia de los santos Macabeos, miéntras que el patriarca Attico celebraba en ella la santa Misa, y que declarándolo al abad Isaac, le aseguró que había visto á tres religiosos de su monasterio que asistian al santo Sacrificio. Uno de ellos estaba cerca del santuario, el otro en la tribuna, y el tercero en una puerta, lo cual comprobó Isaac ser cierto, cuando se informó al regreso de estos religiosos.

Habiendo ido este Santo á recibir en el cielo la recompensa de sus trabajos y de su celo, y habiendo dejado á Dalmacio por sucesor en el gobierno de su monasterio, se consagró éste con un celo increíble á hacer florecer todas las virtudes religiosas. Para formar juicio, basta fijar la atención en el retiro que constantemente observó, pues en el espacio de cuarenta años no salió ni una sola vez de su claustro. Durante este tiempo la ciudad de Constantinopla fué sacudida por terribles terremotos, y como se hacían procesiones para aplacar la cólera divina, el emperador hizo gestiones para que el Santo asistiese á ellas; pero éste pidió la gracia de permanecer en su celda. El príncipe, que le profesaba grande veneración, no insistió en sus pretensiones.

La manera con que Dios castigó á un gran pecador, hizo que se aumentase la alta estima que se le tenía en la corte. Dos litigantes habían llevado su pleito ante el emperador, y el demandante, que lo era muy injustamente, había dado con sus enredos y artificiosas palabras, un giro tan favorable á su causa, que el otro se vió á punto de sucumbir. En este apuro se postró á los pies del emperador, y le dijo: « Príncipe, tened piedad de mí, enviadnos al uno y al otro al abad Dalmacio, para que él decida: pues nos dará un juicio no ménos equitativo que el vuestro, y espero que Dios, por su mediación, mani-

festará la verdad. » Accedió el emperador, y ambos litigantes se encaminaron al monasterio. « Explicadme, les dijo el santo, el motivo de vuestra venida. » Entónces el inicuo demandante queriendo hacer valer su pretendido derecho, empezó á tartamudear, y cayó á los pies de Dalmacio, el cual envió su decisión al emperador en estos términos: « Dios mismo ha juzgado esta causa en favor del que se hallaba perjudicado, » lo que llenó de admiración á este príncipe y á toda la corte.

Pero más que en ninguna otra ocasión brillaron el celo y la virtud de san Dalmacio en el servicio que prestó á la Iglesia contra Nestorio, que había venido de Antioquía á ocupar la cátedra de Constantinopla despues de Attico: pues Dios le reveló los sentimientos de este heresiarca ántes que los manifestase. Cuando quiso venir á su celda con óbjeto de visitarle, le dijo con firmeza: « Podeis retiraros, pues no os recibiré hasta que hayais renunciado á vuestros errores. » Nestorio se vió obligado á retirarse, y el Santo dijo á sus religiosos: « Tened cuidado, hermanos míos, porque ha venido á este pais una bestia mala, que vá á perjudicar mucho al mundo con su perniciosa doctrina.

Muy pronto se dió á conocer el escándalo. Nestorio, como hemos dicho en la vida de san Hipaco, declaró un día sus dogmas impíos, y para condenarlos, se congregó el concilio de Efeso. Todos los heresiarcas han tenido sus partidarios, y no había de hacerse una excepción para Nestorio. Antes del concilio de Efeso, este heresiarca, que tenía un carácter impetuoso, vano y altanero, no podía soportar que se le contradijese, y celebró un concilio en que depuso y excomulgó á los sacerdotes, diáconos y legos que se oponían á su impiedad, llegando su temeridad hasta el extremo de deponer á algunos obispos.

En fin, obstinándose más y más en su impiedad,